



**LUIS  
NOVARESIO**

**LA VIDA  
QUE IMPORTA**

NOVELA

**LUIS  
NOVARESIO**

**LA VIDA  
QUE IMPORTA**

**NOVELA**

# 1

## De a tres

Uno se levantó de la cama y se miró en el espejo. Por instinto, llevó sus manos a la altura de su abdomen para ocultarlo. Se vio desnudo y se rio. Como si su conciencia se lo indicara, dejó sus brazos al costado del cuerpo para verse entero y no ocultar nada. Incluso su panza que lo perturbaba. Cuarenta años largos, pelirrojo y con rulos, lampiño.

—Es mucho todo junto —le había dicho una vez a su amigo Felipe—. Puedo entender que la suerte te haga pelirrojo. Si te suma rulos, estás al borde del demasiado. ¿También lampiño nivel bebé? Injusto, Felipe. Injusto.

Uno pensaba que el vello corporal era la marca de la virilidad. Cuando iba a la playa o, peor, a las fiestas en las que los hombres gays se sacaban la remera para bailar como una forma de presentación, lo inhibía su piel blanca sin otra marca que alguna peca que resaltaba el ser glabro. Ser glabro: no solo no tener pelo, sino recordar su origen irlandés que su abuela machacaba con el uso de palabras desconocidas para todas. *You are glaber*,

*boy. Good for you*, decía ella. Y él sufría. Por el inglés que ella usaba delante de sus amigos y por su escasa virilidad capilar.

Volvió a mirarse al espejo. Creyó no lucir como alguien de su edad, sino mucho más joven.

—No está mal, nada mal —se dijo—. Creo que me doy —pensó riéndose otra vez.

Este era un juego que disfrutaba. Preguntarle al resto si tendría sexo consigo mismo. ¿Te das?, solía soltar de forma imprevista en alguna reunión social en donde la conversación lo aburría. En la mayoría de los casos, la respuesta era la sorpresa.

—¿Cómo si me doy? Vos decís si me... —solían responder—. Uno permanecía en silencio sabiendo que la ausencia de palabras es mucho más provocadora que pronunciarlas.

—¿Vos decís si tendría sexo conmigo mismo? —insistía alguno que había caído en su trampa

—Si te das —insistía él con sequedad.

Si no te erotizás con vos mismo, no tiene sentido pensar en ser atractivo para el resto, pensaba Uno. En ese momento recordó que Doug, que seguía durmiendo en su cama, lo había sorprendido con su respuesta cuando lo conoció

—Obvio que sí. Haría una orgía conmigo —le dijo cuando Uno quiso jugar con él.

Doug dormía desnudo. Sin cubrirse. Uno lo recorrió con la vista y sintió que se excitaba. Su cuerpo de cincuenta años lucía extraordinario. Pantorrillas de corredor, muslos potentes, pecho torneado por años de en-

trenamiento. Su sexo semierecto lo invitaba a despertarlo dándole placer. A su lado, Eugenio parecía un niño. Dormía acurrucado, abrazado a su almohada, con unos pantalones anchos y una remera sin mangas inmensa. Un flacucho de apenas treinta jóvenes años. Un indefenso, pensó. ¿Cuándo se habría vestido así? Lo último que recordaba Uno era verlo penetrado por Doug y lamiéndolo a él. Gran noche de sexo con los dos, pensó, que había comenzado con el temor a que ese día empezara a sentir que se esfumaba la excitación de la piel. Uno le tenía miedo al paso del tiempo en todos sus sentidos. Creía, sin embargo, que dejar de gustarse desde la piel de una pareja era el peor de los modos. La rutina, el mismo cuerpo, los mismos movimientos. Sin embargo, esa noche disfrutó. Se rieron mucho cuando terminaron. Allí, Uno se durmió. Relajado y sin recordar nada más salvo que Doug volvía a reírse y a jugar con su nombre.

—Te veo coger, tan morboso, y me da risa pensar que tu nombre de pila sea Uno porque tu madre te lo puso en recuerdo de un santo —le dijo entre carcajadas.

Uno, como siempre que jugaba con su nombre, se tocaba su miembro.

—Uno como este, macho.

Uno se dirigió a la cocina, preparó el café y el recuerdo de C fue inmediato. El café debe ser negro, caliente y amargo, como los buenos hombres. Su expareja lo decía orgulloso. Sin embargo, algo había cambiado en ese recuerdo. Uno pudo notarlo esa mañana, luego de dejar la cama con sus dos novios durmiendo. El recuerdo de

C no fue hostil. No le dolió ni a la altura del pecho ni en ninguna parte de su cuerpo todavía desnudo. ¿Será que el duelo dura dos años, como dicen los manuales de psicología?

—Buen día, amor —escuchó que le decía Eugenio mientras entraba en la cocina. Y lo besó. Uno lo abrazó fuerte y le acarició la cola.

—¿Para mí no hay nada? —dijo Doug, que también había llegado por su desayuno.

—Hay amor para los dos —dijo Eugenio—. Para mis dos amores. Y se arrodilló para lamerlos mientras ellos se besaban.

## 2

### Saber

Berta Orlás se despertó y supo lo que iba a suceder. Se quedó inmóvil en la cama como si esa quietud impidiese lo inevitable.

Amanecía, le avisaba una tenue luz que se filtraba por la ventana. Pensó que el inicio del día era mucho más discreto que el ocaso. No reclamaba ser celebrado como las caídas del sol. Al menos ella recordaba los ocasos en aquella playa alejada de Punta del Este en donde la gente aplaudía, hasta vitoreaba, cuando se escondía el sol. No hay veraneantes ni personas que en su rutina diaria aplaudiesen un amanecer. El inicio del día era más discreto.

Sonó la alarma de su reloj. Sabía que eso iba a suceder. Siempre se despertaba unos minutos antes, como si su responsabilidad ante el día fuera más importante que su derecho a descansar. Se sonrió sabiéndose así. *Respon-sa-ble*, silabeó en su mente. Tan apolínea, tan poco dionisiaca, como decía en sus cursos de filosofía.

Entonces se incorporó. Reconoció su cuerpo a través de los dolores y las molestias que le sobrevenían. Se sin-

tió tranquila sabiendo que las mismas nanas, algunas más persistentes, estaban allí y, con ellas, su propia existencia transitaría otro día más sin grandes sobresaltos. Ya había pasado los setenta y se atrevía a pensar que los dolores físicos, más que un problema, eran una confirmación algo penosa de que todo marchaba como el día anterior. Crujidos o sensaciones molestas en las mismas rodillas, en la misma cintura, siempre en el hombro derecho, la consabida turbación en la cabeza que duraba un par de horas. Estaba viva como ayer. Al menos, su cuerpo se sentía como ayer. No es poco, pensó para sí. Como cada día, extendió mecánicamente su brazo hacia el otro lado de la cama. Él, claro, no estaba allí.

Ya en la cocina, encendió su cafetera italiana y, mientras esperaba el pitido que indicaba que todo estaba listo, separó unos huevos, que cocinaría revueltos. Cubrió con unas gotas de aceite de oliva la sartén y buscó una feta de pan integral en la heladera. Su coreografía era perfecta para aprovechar los tiempos. La espera de la temperatura exacta de su cafetera le daba espacio para encender el fuego y poner los huevos en la sartén. Se sentía noble haciendo eso. Aprovechaba el tiempo. Lo ganaba. ¿Aprovecho?, ¿gano?, se preguntaba cada día. El tiempo sigue transcurriendo, es lo único real y valioso de la vida, se decía en estas ocasiones. ¿De quién me aprovecho, a quién le gano si el tiempo sigue corriendo? Sin embargo, esos pensamientos se apartaron por su intuición de lo que iba a suceder en ese día.

Hojeó los diarios, que seguía comprando en papel, y antes de llegar al segundo ejemplar, sonó el timbre. En-

tonces es hoy, pensó. Justo en ese momento vio el aviso publicado en el periódico: Lecciones de filosofía cínica en doce clases, leyó. Berta Orlás vuelve al Club Jordania. Abiertas las inscripciones para todo el público, siguió. El timbre de su departamento volvió a sonar. Si habían podido subir hasta allí, era porque el portero les había franqueado el ingreso.

Orlás dio un sorbo a su café. Se miró en el espejo que estaba al costado de la puerta de ingreso. Cuando abrió, escuchó de la boca de un joven bello, una especie de Narciso uniformado:

—¿Es usted Berta Raquel Orlás?

Ella se aferró al picaporte como toda respuesta.

—Queda usted detenida. Se la acusa de homicidio en perjuicio del señor Ignacio Díaz Vélez, ocurrido en septiembre del año pasado. Tiene derecho a permanecer callada y a convocar a su abogado. Lo que diga... —trastabilló el Narciso.

—Puede ser usado en mi contra —completó ella—. Ya lo sé, hijo. —Lo miró fijo a los ojos—. ¿En la celda donde me llevan, puedo leer?

El bello oficial de uniforme le mostró un par de espas. Ella alzó sus brazos para ayudarlo.

### 3

## Que no me necesites

Cuatro años atrás

—Que no me necesites. Así quiero que me ames.

Uno lo miró a C y pateó el apoyapies de la barra del bar en el que estaban, sin sentirse dueño de ese movimiento. Su cuerpo tomaba autonomía cuando se trataba de C. Su boca era otra cuando lo besaba. Sus movimientos, su placer físico, habían sido desconocidos hasta que C lo había penetrado. Nunca en su vida había aceptado, ni siquiera había podido, queriéndolo, dejarse poseer por otro hombre. C lo había logrado, llevándolo a abandonar el control de su cuerpo, asomándolo al placer inesperado. Ahora movía sus piernas sin haberlo decidido.

—No patees, precioso. Solo te falta relinchar —insistió C.

—¿Así que amarte es no necesitarte? —preguntó Uno empezando a sembrar el terreno de la pelea irónica. Porque la ironía requiere de un sutil campo fértil, abonado por la decisión de hincar la lanza en la herida abierta,

sonreír ante la estocada, medir con precisión el dolor que puede causar un adjetivo o una comparación artera—. ¿O sea que yo debería amarte y saber que no te necesito? C empezó a asentir, pero Uno levantó la mano.

—Perdón, perdón, perdón. Mala mía. Muy mala. Yo sigo pensando en que aquí estamos hablando de mi amor y me olvido —la lanza de la pelea se mostró reluciente— de que lo único de lo que se habla con el formidable C es de su forma de amar y de su forma de ser amado.

C se recostó sobre el respaldo de su butaca.

—El formidable C sabe amar y ser amado. Reclama, exige, impone unilateralmente que no necesita ni es necesitado. —Uno comenzó a aplaudir a un ritmo groseramente lento. Los pocos parroquianos del bar se dieron vuelta para verlo. La formidable fórmula de amar del formidable C.

—Uno, el día que no me necesites, cuando yo no te sea necesario pero quieras estar al lado mío, será el día que me ames de verdad. El amor no se apropia del otro. No lo exige a su lado como deber. El amor es a pesar de no necesitar al otro. Alguien ama a otra persona cuando puede desprenderse de ese deseo que siente por un objeto, un auto, un reloj, una obra de arte, para reclamar el título de propiedad sobre él. Este es «mi» auto. Esta es «mi» casa. Ni tu auto ni tu casa pueden decirte nada al respecto. No pueden opinar si quieren ser tuyos o no. No tienen deseo. Que eso sirva no te da derecho a que lo pretendas para otro semejante que quiere otras cosas, otros objetos, otros cuerpos. Entre dos personas solo hay deseo, ganas, aquí y ahora, sin garantía de futuro más

que ese momento de estar juntos. Es una magia irrepetible, un fuego único, desear estar juntos porque quieres, porque no necesitás nada del otro. Solo lo querés. Y cuando ese deseo se percibe a lo largo de algún tiempo, es que ahí ha nacido el amor. Y por tu reclamo de que no te considero, sucede que te deseo lo mismo. Que no me necesites, que quieras más con otros como no podés conmigo. Y, sin embargo, que quieras conmigo.

Uno sintió que su torrente sanguíneo se detenía. Creyó percibir que su corazón dejaba de latir para darle la oportunidad a que sus entrañas escucharan a C. Porque esto se oía desde el estómago. No desde la cabeza. ¿Y si tenía razón? ¿Y si de lo que se trataba era de dejarse llevar por el deseo diario, incierto, sin garantías de futuro y gozar de este momento? Sintió una erección potente. Su pecho transpiraba con deseo de sexo y percibió la electricidad de su pezón rozado por su propia mano. Estaba seguro de su derrota. Ya no tenía lanzas, ironías, estiletes que usar. Uno sintió que debía decirle a C que lo amaba, que quería construir solo este instante y que mañana sería otro día, que lo deseaba porque no lo necesitaba. El que habló fue C.

—Me voy esta noche de viaje con un novio al Gay Pride de Ibiza. Hablemos a la vuelta.

Entonces Uno comenzó a llorar. Necesitaba un abrazo. Lo necesitaba. C pagó y se fue.